

# EDITORIAL

Medio siglo de existencia para cualquier institución es motivo de celebración y profundo regocijo. Pero asentimos que el goce debe ser mayor tratándose de una institución que durante ese largo tiempo se ha dedicado a la quijotesca tarea de mantener vivo en el espíritu de una región y de un país, el maravilloso “duende” que anida en el arte del drama. Ese que, nacido con la especie humana, a través de milenios le ha aportado a la historia de todas las culturas un elemento vital de constitución y permanencia.

Cincuenta años trasegados contra viento y marea, con momentos que han sido considerados hitos en la historia del arte colombiano, dan fe de una permanente actividad escénica, centrada en la formación, en la creación teatral, en la proyección social de su repertorio y en el diálogo con la ciudad y con el mundo cultural. Diez lustros blandiendo el estandarte de un oficio cuya pretensión no es más, pero nunca menos, que la de llevar pasión y razón en profunda relación dramática sobre el irrenunciable terreno poético del escenario, del imaginario individual y colectivo, del goce estético y la valoración ética, de la posibilidad de diversión como una *fuga* de la rutinaria versión cotidiana.

Nada fácil asumir tan diversas tareas, atinentes no sólo al oficio escénico, sino también a otros escenarios como el pedagógico, como quiera que la *Escuela* tiene la *Facultad* para formar actores-pedagogos; amén de la participación en la construcción de un escenario social en el que el arte se erija como uno de sus principales hitos de referencia y de conciencia. De ahí, la obligada memoria del Maestro Antonio María Valencia, que con sus ideas sobre el arte y su función en la vida social de la ciudad, proyectó el nacimiento de la Escuela de Teatro en Bellas Artes, en tiempos en que el mapa de Cali podía extenderse en las notas de un madrigal. Sin dejos de falsa modestia, es ese uno de los grandes aportes en el salto de villa a ciudad, en el ingreso de Cali al mundo contemporáneo.

Y hoy como ayer, cuando esa misma y distinta Cali se ve abocada a cambios que demanda la dinámica de un mundo sumido en la producción global, el teatro ha de darle nueva luz desde su producción poética, desde sus utopías y nuevas visiones del mundo, alentadas por ese “Duende” que, como lo concibiera García Lorca, no claudica ante la barbarie, ya que abrevando de la riqueza del lenguaje mantiene viva la conciencia y la fantasía. Esa que al igual que la ilusión —como dice García Márquez— “no se come, ¡pero cómo alimenta!”.

A esa conciencia e ilusión mantenidas por mujeres y hombres: dramaturgos y poetas, pintores y músicos, directores y coreógrafos, actores y actrices, por sólo nombrar algunos de los artistas que concita el quehacer escénico, debemos el placer de este concierto de voces que hoy pueblan este quinto número de PAPEL ESCENA, hecho a fuerza de pesquisar la memoria de protagonistas y testigos directos, así como los documentos necesarios para sustentarla.

Dan aquí testimonio de actos y vivencias, artífices del teatro como Santiago García y Carlos José Reyes, que en sendas entrevistas nos brindan una mirada sobre la historia de la que han sido parte. De la misma forma, actores y directores salidos de la Escuela hacen un perfil de su vida y obra en la escena. Todo ello enmarcado en una visión de la Cali del 55, con un recuento de la fundación y los primeros años como Escuela Departamental de Teatro, así como una síntesis de la investigación sobre la producción escénica de ese mismo período.

Y además de las referencias a la vida de la Facultad de Artes Escénicas, el lector encontrará una selecta obra dramática en *Escena de Papel*, así como elaboradas obras plásticas de Enrique Buenaventura y sugerentes imágenes escénicas en la *Galería de Papel*.

Todo ello para celebrar académica y artísticamente, cinco décadas de una vigorosa Escuela centrada en el Arte Teatral y ligada estrechamente al desarrollo cultural del Valle del Cauca.

*(Todos de pie, luz cenital sobre el proscenio,  
desde el foso la orquesta eleva un ritmo que estremece los cimientos del teatro.  
Ataviado de grana y oro, el Duende emerge sobre la escena)*

—. DUENDE:

Por los que aquí están  
y para los que no estando presentes  
resucitamos en la viva remembranza de sus obras,  
estos encendidos  
¡sin cuenta  
aplausos!

*(Telón)*